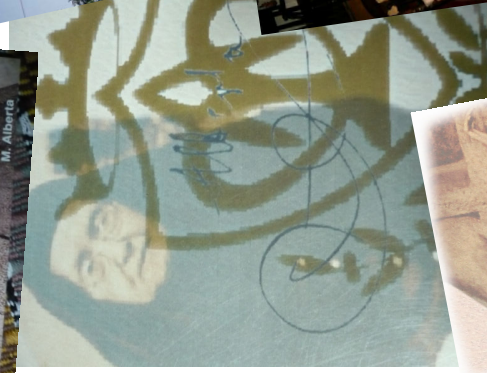
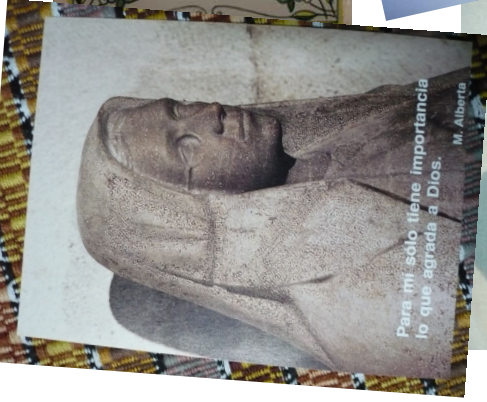


Alberta Giménez

Santidad desde el equilibrio y la Calidad humana.

Folleto con El Nº 123 Marzo 1994

y entre el rezo
de Avemarías M. Alberta
iba desgranando guisantes



ALBERTA GIMENEZ: MADRE DE FAMILIA, EDUCADORA Y FUNDADORA

Lorenzo ALCINA ROSSELLO, Pbro.

INTRODUCCION

Mallorca es la isla mayor del conjunto de la región autónoma de las islas Baleares. Es visitada cada año por millones de turistas de todas las latitudes, pero hay algo más que turismo o belleza ecológica y siglos de historia representados en sus numerosos monumentos arquitectónicos. La Iglesia diocesana de Mallorca es una Iglesia local llena de vitalidad. Restaurada en 1229 con la conquista a los árabes por Jaime I, rey de Aragón-Cataluña, rehizo su tejido secular, pues la Comunidad Cristiana comenzó a ser realidad consolidada entre los siglos V y VI. La islamización desde comienzos del siglo X dejó hondas huellas, pero como reino independiente y cristiano entre 1276 y 1349 hasta que fue unido a la corona de Aragón, vio brotar una comunidad cristiana viva que en el beato Ramón Lluïl tuvo a su patriarca espiritual.

En el siglo XIX la vitalidad eclesial fue de gran envergadura; fundaciones de numerosas congregaciones masculinas y femeninas; figuras sacerdotales de ministerio ardiente, dirección espiritual atenta y predicación popular incansable, lograron que la diócesis de Mallorca fuera un hervidero de renovación cristiana con vitales consecuencias a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

En este clima hay que situar a **madre Alberta**, pionera de la enseñanza, atenta entonces al diálogo entre la fe y la cultura que tanto ha recomendado el Concilio Vaticano II, renovadora de la pedagogía y fiel hija de la Iglesia, que supo en su deli-



La muerte de madre Alberta no había parado el impulso fundacional y sus religiosas llegan al País Vasco: Bilbao; a Cataluña: Sant Cugat del Vallés (Barcelona), sede de la casa generalicia y del noviciado, Monte Alberta, centro de espiritualidad; Madrid. Pero hay que cruzar los mares y llegar a Nicaragua, Colombia, Venezuela, Panamá y las cuatro casas y el noviciado del Zaire, con deseos de nuevas presencias en este continente del futuro. Las Religiosas de la Pureza recuperaron la obra que tanto trabajo costó a madre Alberta: en Son Serra prestan un gran servicio a la enseñanza desde su Escuela Universitaria de Formación del Profesorado.

Su presencia en Roma hace que las religiosas estén abiertas a Europa, cercanas al Papa conocen mejor a la Iglesia. En la vieja casa de la calle de la Pureza está el sepulcro de madre Alberta, meta de peregrinaciones, museo de toda una historia y casa madre de la congregación, que invita a la fidelidad al Carisma educacional.



Alberta y el obispo le encargará estudiar las dificultades que había para aprobar la nueva congregación de la Pureza de María. En julio de 1892, don Enrique visita en la Casa de Valdémolsa a madre Alberta, llevándole una carta del obispo don Jacinto María Cervera anunciándole que va a reconocer canónicamente la congregación. Madre Alberta sabe que las gestiones han durado nada menos que 20 años. El 2 de agosto, el obispo firmará el decreto erigiendo la congregación y, el 6 de agosto, el mismo obispo impondrá en la capilla de la Pureza el velo de religiosas profesas a las hermanas, empezando por madre Alberta.

La fundadora desea que la congregación se enraíce en la Iglesia universal. Quiere estar, desde la educación, al servicio de esas 3.500 diócesis de todo el mundo, llegando siempre a más. Mallorca era pequeña para ella. Cuando tiene cerca de 65 años ve alcanzar la meta: el 10 de mayo de 1901, el Papa León XIII aprobaba como Congregación de Derecho Pontificio a las Religiosas de la Pureza de María.

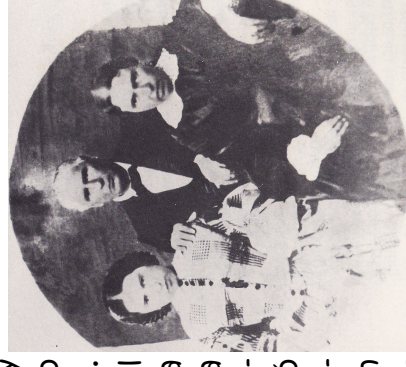
Además de la fundación de Valldemossa, que actualmente es Casa de espiritualidad, en 1892 se funda el colegio de Manacor, la segunda ciudad de Mallorca. Luego vendrán, en Cadena, las fundaciones en la región valenciana: Agallen, Ozería, Onteniente; más tarde la ciudad de Valencia; Inca en Mallorca; Puerto de la Cruz y Santa Cruz en Tenerife, Establiments, hoy escuela infantil.

cada situación de joven viuda, obedecer al obispo de Mallorca que le pedía una misión delicada, enseñar como tarea eclesial, reorientar la mejor institución educativa que tenía entonces la Iglesia mallorquina: el Colegio de la Pureza. El resultado fue una congregación dedicada a la enseñanza y a la santificación desde la educación, con tenacidad y audacia; creando, además, una escuela de espiritualidad a partir de la misma enseñanza, por ello su mensaje perdura.

LA TALLA Y EXPERIENCIA HUMANA DE UNA MALLORQUINA

Era el 6 de agosto de 1837, cuando en Pollensa, la antigua ciudad romana de Mallorca, nacía Cayetana Alberta Giménez y Adrover, hija de un aragonés y de una mallorquina. La familia siempre utilizó su segundo nombre de bautismo que ella recibió en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles de la misma Pollensa al día siguiente.

Su padre era sargento del Cuerpo de Carabineros de la Hacienda Pública y había conocido a su madre en la villa de Felanitx. Alberto y Apolonia fueron un matrimonio fiel desde que se unieron en 1836. La familia siguió los destinos del padre y por ello fue en Barcelona donde encontramos a Alberta a los doce años. Su padre tuvo aficiones culturales hondas, orientó a su hija hacia los estudios de magistera, ayudándole incluso con profesores particulares. Adquie-





re en aquel mundo cultural catalán una formación sólida y abierta a la vida. En 1851 está de nuevo en Mallorca, su padre tendrá nuevo destino en Huesca y esta vez, sería por breve tiempo, no le sigue la familia.

En Palma, muy pronto Alberta comenzará su trabajo como maestra; lo hará al lado de un profesor de Matemáticas: **Francisco Civera**.



En 1859 tiene ya 22 años. Es entonces cuando, comisionado por Francisco, su gran amigo Domingo Durán acudirá a la casa de Alberta para solicitar su mano para Francisco, con quien imparte clases en el mismo colegio. Era la costumbre de la época hacerlo así, pero Alberta tiene que pensarlo y hará una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de San Salvador, en Felanitx, y allí lo decidirá, aceptará el matrimonio con Francisco, lo ha presentado todo a la Virgen María.



El 7 de abril de 1859, Francisco y Alberta se prometieron fidelidad en la parroquia de San Nicolás de Palma. Ella tiene 22 años, diez menos que él. Formaron una pareja de maestros con profunda vocación por la enseñanza y permanente preocupación por la pedagogía. Vivieron en la Calle de San Jaime en Palma y allí el maestro Civera abrió un colegio privado.



LA CONGREGACION DE LAS RELIGIOSAS DE LA PUREZA DE MARIA EN SU RECORRIDO HISTORICO

Llevaba cuatro años madre Alberta como rectora del Colegio de la Pureza, tiempo suficiente para un camino espiritual cualificado.

El 19 de septiembre de 1874 comienzan a vivir las hermanas como religiosas. Es un pequeño grupo, como el grupo de mostaza. Madre Alberta deseaba crecer y decía: «Cuidemos las vocaciones. Son un regalo del cielo. De ellas depende nuestra estabilidad y nuestro futuro». En 1878 la comunidad estará formada ya por 20 religiosas. Se construye un noviciado en una barriada cercana a Palma, Son Serra.

En 1889 murió don Tomás Rullán. Madre Alberta repetirá entonces: «¿A quién acudiremos, quién nos ayudará?» Al no ser comprendido por parte de algunos el ser maestras educadoras y religiosas, se oponían al reconocimiento de la congregación por parte del obispo. El Espíritu guía a su Iglesia y aparece la recordada figura del futuro cardenal Reig. Don Enrique llega de Valencia a Mallorca y está lejos de las visiones estrechas de otros sacerdotes. Es el secretario general del obispado y conoce los problemas de la enseñanza en el final agitado del siglo XIX. Celebrará la misa en la Pureza y será profesor de la Escuela Normal de Maestras. Ayudará a redactar las nuevas Constituciones a madre

dos», «era enérgica en sus correcciones, pero al mismo tiempo si alguna alumna era de una familia modesta y tenía necesidad de ayuda hacía notables concesiones para que pudiera continuar».

Supo armonizar su propio carácter con el de los demás, siempre con gran victoria sobre el suyo. Todo ello nos descubre el gran dominio sobre sí misma que la llevaba a ponerse a la altura de cada persona, pequeña o grande, para saber en su preocupación o situación. Ella recordaba lo siguiente: «Escribid las ofensas sobre la arena, los beneficios sobre el mármol, así olvidaréis las ofensas y seréis agradecidas». Un consejo válido para todos y siempre eficaz.



Resumiendo: lo que debemos recordar de madre Alberta, podemos decir que en ella la gracia de Dios consiguió construir un «coherente edificio espiritual», en el cual cada virtud logra hallar su sitio preciso de una manera continua y progresiva, con ejemplaridad, sirviendo su testimonio para que todos podamos sentirnos interiorizados por un trabajo interior personal constante, sin apatía, pero con «determinada determinación», como diría Santa Teresa de Jesús.

La experiencia del colegio masculino fue muy positiva, hasta que Alberta se decidió a abrir otro para chicas. Los dos esposos y maestros se intercambiaban sus normas pedagógicas, convencidos como estaban de un nuevo estilo en la enseñanza. Finalmente decidieron ampliar el colegio, inaugurando uno conjunto en la Calle de la Misión. Uno de los profesores de la sección masculina será el sacerdote don **Tomás Ruillán**.



Merece que nos acerquemos a él para descubrir a un gran hombre. Nació en Palma en 1838, fue canónigo de Menorca a los 27 años, siendo secretario del obispo don Mateo Jaime. En 1876 será en Mallorca vicario general del obispo don Miguel Salvá. Fue durante largos años el confidente de la futura madre Alberta, su ayuda fundacional.

Francisco y Alberta fueron un matrimonio que, por su tarea profesional, vivieron en formación permanente, deseando de verdad superarse. Al mismo tiempo cuidaron mucho la vida familiar.



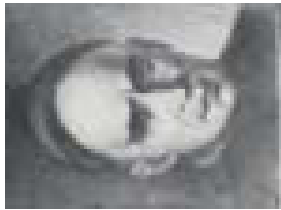
Tuvieron cuatro hijos: **Bernardo Emeterio, Catalina Tomás, Bernardo Clero y Alberto**. El único que sobrevivió fue Alberto, ya casado dará nietos a su madre.

A los 41 años falleció el



marido de Alberta: Francisco Civera, era el 17 de junio de 1869. La muerte de tres de sus hijos y de su esposo fueron un durísimo tramo de la vida de Alberta, que la acostumbró al dolor y a la dificultad; era una mujer fuerte y llena de coraje. Debía cuidar de sus padres; supo dar una respuesta cristiana a la vida y caminó en medio de las asperezas con esperanza. Uno de los momentos más duros fue también la muerte de su hija Catalina Tomás, que llevaba el nombre de una de las figuras más populares de Mallorca: Santa Catalina Tomás. Este sufrimiento la puso más y más a disposición de una misión: la educación.

AL SERVICIO DE LA IGLESIA DIOCESANA DE MALLORCA, ENSEÑANDO



Alberta recibió en su casa el día 2 de marzo de 1870 una visita importante, que iba a cambiar definitivamente el rumbo de toda su vida. Fueron a verla tres personajes: el alcalde de Palma, junto con el canónigo don Tomás Rullán y don José Ignacio Moragues, gran amigo de su marido y que entonces era en Mallorca el inspector de las Escuelas de Instrucción Primaria. Llegaban a su domicilio con una propuesta inesperada de parte del obispo de Mallorca, don Miguel Salvá: hacerse cargo de la dirección del Real Colegio de la Pureza de María.

¿Qué tipo de institución era este Colegio de la Pureza? Había sido fundado en 1809 por el obispo don **Bernardo Na-**

dándole una pedagogía afectuosa, fruto simultáneo de su fuerza de carácter y de su mansedumbre. Esta mujer decidida afirmaba con frecuencia: «Debemos dejarnos conducir por la razón y no por el corazón»; esto no era manifestación de un racionalismo calculado, sino de vivir lo ordinario razonablemente, con la serenidad del bien hacer, evitando actitudes emotivas fácilmente transitorias. Así pudo encauzar con combate y oración sus dotes excepcionales que nunca le sirvieron para su interés personal, sino para servir mejor a todos. La mayor gloria a Dios era para ella la meta de todo. En las adversidades, dice la información para su proceso de beatificación, «siempre permaneció extremadamente serena, abandonada al cumplimiento de la voluntad de Dios». Madre Alberta no era una persona de sensibilidad en su trato, su caridad hacia todos, incluso hacia aquellos que la calumniaron alguna vez o a las autoridades que deshacían sus obras, se manifestó sobriamente, pero hondamente de una forma eficaz, y así las Contrariedades la llevaron a escribir: «Las hermanas están tristes y yo misma más que ellas», pero sin que ello le impidiera una admirable serenidad y también la obediencia en el caso de que algún eclesiástico abusara de sus poderes en su trato con las religiosas.

Era la obediencia que procede de la nobleza interior. Sabía de las dificultades en orientar su temperamento y decía a sus hermanas: «Pedit a Jesús que me haga paciente y tolerante, como debe ser toda superiora», aunque se dice en el proceso que analiza sus virtudes que, «en cuanto al régimen del colegio, no fue nunca dura, pero siempre enérgica y muy respetada por to-

infinita. El me brinda generoso su corazón. Voy, pues, a sus brazos, para no abandonarle jamás... Yo seguiré consistentemente sus huellas y no le abandonaré».



Esta plena confianza le llevará a completar estas afirmaciones diciendo: «Ya, Dios mío, nada propongo, nada quiero, nada que de vos me separe. Con vos debo vivir, ya que con vos quiero morir». Estas actitudes fueron habituales en ella. En una carta del 10 de enero de 1915 escribe: «Seamos como debemos, y Dios cuidará del sostén y de la prosperidad que nos convenga, nada temamos y confiemos en el mejor de los padres».

Todo este dinamismo de la confianza, la llevó a aumentar sin cesar su amor a Dios. Escribe el 17 de febrero de 1910: «Todo sea para mayor gloria de Dios, que es a lo que debemos aspirar siempre en primer término; todo lo demás son sólo medios para llegar a este fin».

Este amor hacia Dios Padre se convertía en amorosa atención hacia todos y las Hermanas de la Pureza decían: «Todas estábamos convencidas de que éramos amadas por ella, pero sin dar lugar a preferencias, sino a una suave cordialidad de la que estaba henchido su maternal corazón».

Este comportamiento amoroso era fruto de su equilibrio y sabiduría que mantenían su maternidad espiritual,



dal, personaje de gran talla nacido en Mallorca, hombre de anchísima cultura, conocedor de nueve idiomas, hecho inusual en aquellos tiempos. Había trabajado en la nunciatura apostólica de Madrid. Fue también representante de las Baleares en las Cortes de Cádiz de 1811. En 1794 fue nombrado obispo de Mallorca y siempre tuvo enorme preocupación por elevar el nivel cultural de sus fieles. Entre otras iniciativas, en 1809 fundó el Colegio de la Pureza, costeando personalmente su instalación; quería proporcionar a la mujer mallorquina una nueva formación hasta entonces muy olvidada.

En aquella época dedicó mucho tiempo a las Cortes de Cádiz hasta ser su presidente en 1812, no dejó de trabajar por su colegio y en 1815 ya lo tuvo instalado en su sede de la antigua casa de Can Clapers, donde todavía permanece. Fernando VII le concedió el título de Real Colegio en 1818 aprobando sus estatutos; dos años antes tenía doscientas alumnas, y a pesar de las graves crisis económicas ocasionadas por la guerra de la Independencia, el obispo Nadal no dejó de sostenerlo siempre. Lo había puesto en manos de una pequeña comunidad de hermanas colegialas formada en torno a la primera rectora del colegio: **María Arbona**, que falleció en 1824. El obispo don Pedro González Vallejo nombró como sucesora suya a su hija **María Ferrer**, quien en 1826 pi-



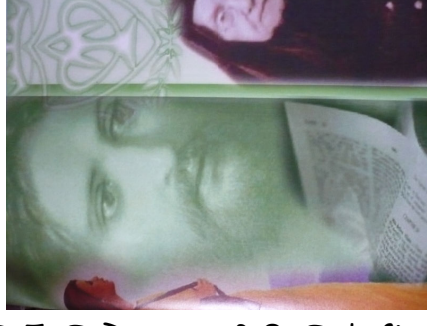
dió al obispo poder emitir los votos religiosos, renovados cada dos años.

Pasados los años, el colegio iba deteriorándose. María Ferrer, en 1846, sólo confiaba que aquel granito de moza se convertiría en árbol frondoso, pero ¿quién iba a ser la mano firme que levantara el edificio casi caído? Hubo una larga serie de intentos buscándose diversas instituciones religiosas de varias ciudades que quisieran hacerse cargo de la Pureza. Fue un largo camino entre 1852 hasta 1870. Nadie respondía a lo que el colegio necesitaba a pesar de algunos intentos llenos de buena voluntad. Con la muerte en 1865 de la rectora María Ferrer, a los 87 años, en cinco años se sucedieron cuatro rectoras. Urgía una solución, el colegio tan estimado por los obispos de Mallorca se desintegraba rápidamente.

La viuda de Civera será la persona adecuada. Por ello esta visita era tan importante. El obispo de Mallorca hacía a una Cristiana de su diócesis la propuesta revolucionaria de asumir una misión: educar en nombre de la Iglesia, como cien años después pediría el Concilio Vaticano II en su declaración sobre la educación cristiana. El obispo quería contar con una seglar decidida. A la viuda de Civera se le pedía dar vitalidad nueva a una institución diocesana que parecía totalmente necesaria para mantener una enseñanza Cristiana al servicio de la juventud femenina.

Alberta escuchó la proposición, tenía ya una gran experiencia en la dirección de Colegios, pero en aquel momento le preocupaba por encima de todo la educación del único hijo que le quedaba, Alberto. Durante algunos días tuvo que discernir, como San Ignacio de

to, por esta razón afirmaba: «Alegrémonos en Dios y que se haga siempre su santa voluntad». Para ella, ésa era la manera de «encontrar la dicha en cuanto es posible encontrarla en este mundo». Por ello también vivía para la mayor gloria de Dios y en su orar y en su actuar tendía sin cesar a que la gloria de Dios llenase su vida y la de sus hermanas.



Vivía la glorificación de Dios Padre, como Jesús la expresa en Jh 17, como la forma más auténtica de ser fiel a una misión, que en ella era la educación, impregnada de un querer: que Dios sea glorificado en todo.

COMO RECORDAR A MADRE ALBERTA EN NUESTROS DIAS

De los juicios de los consultores encargados de analizar en Roma su personalidad, se saca la conclusión profunda de que fue una mujer de fe, intensamente vivida en la vida diaria, en lo concreto de la educación. Fe alimentada por la oración, manifestada en una enorme confianza hasta poder ella misma afirmar: «Me alisté bajo la bandera de Cristo y por difícil que sea la lucha, por reñidos que sean los combates, le seguiré con intrepidez donde me lleve, pues sé que tengo segura la victoria».

También vivió una referencia a Dios como Padre. Por ello escribe: «Me levantaré e iré a mi Padre. Cual otro pródigo no atenderé tanto a mi suma miseria como a su bondad

1892 afirmarán: «las hermanas profesarán un amor vivo y tributarán un culto especial a Jesús sacramentado». Para madre Alberta era imposible vivir la consagración religiosa sin una referencia centrada en la Eucaristía, desde la cual podían forjar educando. Todo ello se enmarcaba en un amor grande a la vida de oración.

Don Antonio Sancho, un canónigo que conoció a fondo en sus últimos años, nos dice de ella: «Madre Alberta no es sólo una persona que hace oraciones. Es mucho más. Madre Alberta es toda ella una oración. Es el espíritu de oración encarnado en una persona». Esta actitud es la que inculcó y quiso como fundamental en la espiritualidad de su congregación. Para ella era el motivo de todo actuar apostólico, de la entrega a la educación. Por ello repetía: «Hermanas, seamos almas de oración». Desde aquí, ella tenía interés por todo. Estaba al día siempre en las nuevas técnicas pedagógicas, seguía revistas, abría su museo de Ciencias Naturales, tenía gimnasio en el colegio..., toda una novedad. Se interesaba sin cesar por el progreso en sus variadas formas. Pero desde haber dado primacía al trato con Dios.

Nada extraño que en el ser de madre Alberta estuvieran muy enraizadas las posturas de una abandonada confianza en Dios, pues ella no buscaba otra cosa que aceptar su voluntad. Decía: «La bondad de Dios es inagotable y de El podemos esperar todo bien».

Quería confiar en El y así ser sólo fiel a su proyec-

Loyola aconsejaba hacer, aquella propuesta episcopal. Finalmente cuando volvieron a su casa el canónigo Rullán y el señor Moragues para buscar la respuesta, ésta fue afirmativa. Había triunfado en Alberta el amor a la Iglesia, que por medio de su obispo le pedía una entrega misionera a la enseñanza. Respondía que sí, a una misión de Iglesia. Su hijo Alberto quedaría en casa de los abuelos y en el internado de los jesuitas de Valencia y ella iría todas las veces que fueran necesarias para continuar su educación, ya que debería vivir en el Colegio de la Pureza en el que se integraría por completo. La tarea exigía una donación absoluta si el colegio debía rehacerse, así lo comprendió Alberta.

El 23 de abril, fecha histórica para las futuras religiosas que fundaría Alberta, llegaba al Colegio de la Pureza. El nombramiento episcopal calificaba a la viuda de Civera como miembro de la dirección, pocos días después el obispo Salvá la nombraba con todos sus derechos y obligaciones: rectora del Colegio de la Pureza.



El diario de Palma (El Rayo) criticó durante aquellas semanas primeras de una manera calumniosa a esta institución diocesana de la Pureza ahora que comenzaba su nueva etapa de reconstrucción, pero la viuda de Civera no era mu- jer que se asustase ante las dificultades, demostró que era una Cristiana de gran talla y continuó con audacia. Don Tomás Rullán fue nombrado en estas semanas iniciales visitador eclesiástico de la Pureza. En este auténtico sacerdote tendrá la futura madre Alberta una ayuda permanente, sensata y evangélica. En pocas semanas, porque Alberta era decidida, todo comenzó a tomar un nuevo ritmo. La vieja

casona de Can Clapers había recibido savia nueva y fecunda en Alberta, que ofrecerá inmediatamente un programa pedagógico y así un nuevo equipo de maestras comenzó a tomar forma; además el colegio privado que con su marido había fundado tuvo que cerrarse y ella, su directora, vio con alegría que muchas alumnas antiguas encontraban en la Pureza una nueva escuela y una maestra amiga y paciente.



Dos años después doña Alberta comenzará dentro de la Pureza la fundación de otra nueva institución: la Escuela Normal de Maestras. Desde el 29 de enero de 1839 había sido inaugurado en Madrid el Primer Seminario de Maestras de España, era como la Escuela Normal Central. Palma tuvo la suya desde el 17 de octubre de 1842, prácticamente de las primeras de España después de Madrid. En 1871 el Ministerio de Instrucción Pública prohibió que las mujeres se examinasen en las normales propias para hombres y las jóvenes de Baleares tenían que ir a la península para hacerlo.

La Diputación Provincial de las islas Baleares pensó en constituir una Normal para mujeres en este mismo año. Doña Alberta comprendió que era el momento de actuar y se fue en 1872 a Barcelona para examinarse y obtener los títulos complementarios con cualificación superior que la capacitaban para poner en marcha en la Pureza una Escuela Normal de Maestras. El obispo estaba encantado con tanta creatividad y responsabilidad en aquella mujer

esfuerzo, sino que hay que ir llegando cada vez más lejos, para mejor servir en amor y entrega. Buscar la forma de hacerlo todo bien hecho. Cuando se examinó de maestra sacó por dos veces la calificación máxima de sobresaliente, que no le envanecía; era una manera de mejor servir después. En las oposiciones a la plaza de maestra en la villa de Sóller, en Mallorca, consiguió el número uno, era para servir mejor, no para situarse.

Envió religiosas suyas a la ciudad francesa de Séte para aprender francés, se debía enseñar del mejor modo posible, con los mejores profesores, para aprender bien. Para ella, el superarse formaba parte de la vida espiritual: superarse para darse totalmente y bien.

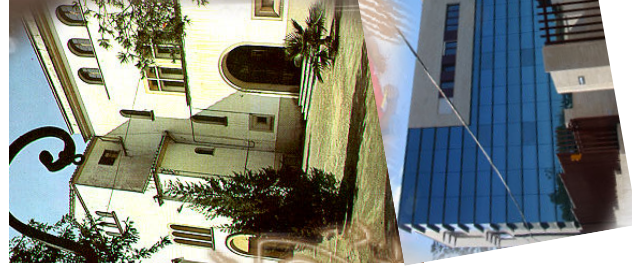
Para madre Alberta, el centro de su espiritualidad era la Eucaristía; pedía a sus religiosas: «Les ruego que no sólo tengan devoción a la Eucaristía, sino, y esto es lo importante, que tengan vida de Eucaristía». Daba en el clavo, pues el Concilio Vaticano II ha recordado que la Eucaristía es el centro y culmen de toda vida cristiana. En las primeras Constituciones de la congregación de 1874 escribirá: «El objeto o fin de nuestra Sociedad de Hermanas de la Pureza de la Santísima Virgen María es la santificación propia y la santificación del prójimo mediante la enseñanza. Para conseguir estos fines, la Sociedad dará culto especial al Santísimo Sacramento de la Eucaristía y a la Virgen Inmaculada» y las Constituciones renovadas en





Rasgos espirituales que brotan de la dedicación plena a la enseñanza cristiana los dejó como constitutivos madre Alberta a las religiosas. En las Constituciones elaboradas después del Concilio Vaticano II se dice que «la acción apostólica de nuestra congregación, según el carisma propio de su fundadora, es la educación humana y cristiana de la niñez, de la adolescencia y de la juventud especialmente femenina de todas las clases sociales». Esta era la identidad que quiso madre Alberta para sus religiosas y por ello la enseñanza forja su espiritualidad como forjó la de madre Alberta. Desde don Tomás Rullán a madre Alberta y de ésta a sus religiosas se transmitieron sentencias como éstas: «quienes enseñan imitan a Cristo que enseñó al mundo la buena nueva de la salvación. Imitan a la Virgen María, que educó a Jesús mientras fue niño y adolescente». Madre Alberta dará a sus religiosas esta pauta: «Jesús nos ha elegido por hijas y esposas suyas, y nos ha dado una misión tan sublime como es cuidar de la educación y de la enseñanza de las niñas». También madre Alberta decía a una religiosa: «Dios la ha puesto a usted entre estos pequeños; para algo será... Entre estos pequeños quiere que haga usted acopio de méritos para su santificación». Sí, para la fundadora, educar era santificarse y éste era el camino que ella inculcó.

Madre Alberta invitó sin cesar a sus religiosas a superarse, era de alguna forma el «magis» ignaciano. Ella sabía que no nos podemos mantener con un mínimo de



brillante, decidida y fiel a la misión eclesial de enseñar y la apoyó totalmente. Podemos decir que la Iglesia, desde Alberta Giménez, ponía el mayor esfuerzo de entonces para mejor servir a la enseñanza cristiana, formando futuras maestras. En mayo de 1872 se inauguraba la Normal Femenina de Baleares, fundada por doña Alberta. Las dos instituciones: Colegio y Normal mantuvieron en la misma casa de Can Clapers su independencia, gracias a la sabia manera de dirigir de doña Alberta.

MADRE ALBERTA, FUNDADORA DE LA CONGREGACION RELIGIOSA PARA LA ENSEÑANZA



Alberta Creyó, en 1874, que había llegado el momento de transformar el equipo de maestras en una comunidad religiosa para dar así a la obra de la Pura plena Consistencia.

Cuando comenzó a ser Madre Alberta tenía 38 años, vividos con tanta intensidad como fidelidad a la acción del espíritu de Dios en ella. Don Tomás Rullán le ayudará a encontrar el camino conveniente. Madre Alberta estudiará las constituciones y estatutos de otras congregaciones con

gran interés; tratará a los PP. Escolapios que en aquel tiempo tenían un colegio en el antiguo convento de San Francisco de Palma, desalojado por la expulsión de los religiosos en 1835; analizará los logros conseguidos por institutos franceses dedicados a la enseñanza y hallará en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola un espacio acogedor para el itinerario evangélico de su Congregación de Religiosas de la Pureza de María Santísima. Las religiosas que Alberta fundará se extenderán de Mallorca a otras diócesis. En 1892 obtuvieron la aprobación canónica diocesana, en 1901 el Papa León XIII les dará la aprobación pontificia. Acabando el siglo XX están presentes en Europa, América y África.



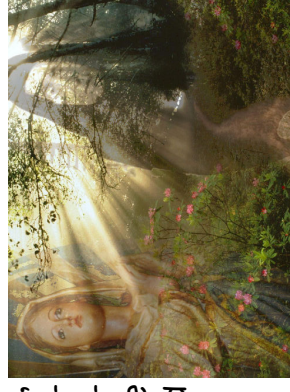
Después de haber hecho en 1874 los votos privadamente, ahora, el 6 de agosto de 1892, hacían sus votos oficialmente en manos del obispo don Jacinto María Cervera. Madre Alberta había procedido haciendo bien sus pasos, experimentando el camino. Su prudencia le impedía correr en algo que deseaba dejar Cimentado: el estilo de vida de unas religiosas dedicadas a la enseñanza, que se santificarán desde la enseñanza y que serían misioneras de la educación, con una pedagogía constructiva. Una característica de madre Alberta como fundadora fue la de no precipitar las situaciones, trabajando con honradez hasta tener actitudes verdaderas para ella; el Evangelio daba profundidad a las postu-

En 1960, el obispo de Mallorca, don Jesús Enciso, comenzó el proceso de beatificación que, introducido en Roma en 1972, ha llegado a su término cuando, el 22 de marzo de 1986, el Papa Juan Pablo II ha reconocido las virtudes heroicas de madre Alberta, que de este momento es venerable para la Iglesia, punto de referencia y ejemplo para la vida de los creyentes, esperando proponerla como modelo cuando la beatifiquen.



ASPECTOS ESENCIALES DE LA ESPIRITUALIDAD DE MADRE ALBERTA

Madre Alberta estuvo vinculada sin cesar a la Virgen María. En sus ocupaciones diarias María estaba siempre presente. Amó peregrinar a los santuarios de María, pequeños o grandes. Se guarda una fotografía de madre Alberta muy anciana arrodillada en el reclinatorio con el rosario entre las manos y su expresión es de estar plenamente unida a María, rezando aquellas avemarías transidas de cariño a la madre de Jesús. Su actitud de cariño filial a María la contagiaba por sus gestos, palabras y escritos, como las Cartas y especialmente en las Constituciones para la congregación, en donde el amor a María, recibida como pedagoga espiritual de Cada religiosa, es Clave para entender la espiritualidad de madre Alberta.

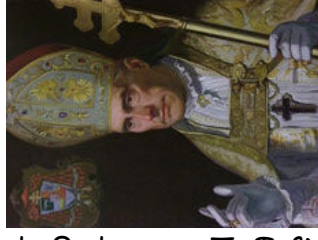




Murió el 21 de diciembre de 1922 a los 85 años. El Ayuntamiento de Palma rindió homenaje a las cualidades de madre Alberta diciendo que «toda Mallorquina sentía el duelo, recordando su intensa labor pedagógica dentro y fuera de la isla, añadiendo que en el futuro seguramente habrá quien la proponga para hija ilustre de Palma, por sus grandes merecimientos y general estima, proponiendo

que la corporación haga presente a la comunidad de la Puerza su sentimiento por la muerte de tan ejemplar maestra, y que constara en acta el sentimiento del consistorio» (Libro de Actas del Ayuntamiento de Palma, 1922, fol. 200). Ciertamente que esta valoración nos descubre cómo era conocida y valorada madre Alberta en el ocaso de su vida. Su amplia correspondencia nos la muestra preocupada por la cultura, por el apostolado en todas las dimensiones posibles, siguiendo a las antiguas alumnas con amor de maestra espiritual. Escribió cerca de 7.400 Cartas, repetidas veces acusa haber escrito de ocho a diez diarias y a este gran número deberían añadirse las escritas de oficio, perdidas en su mayor parte, y las incontables escritas a las alumnas y ex alumnas y muchas a la familia. Se conservan sólo 404 Cartas y desde ellas vislumbramos todo un mundo interior de armonía, paz y rica humanidad para abrirse a todos con la sencillez de la confianza, pero siempre dejando caer una palabra de fe y amor.

ras humanas y el fervor de la oración, nunca era para ella un salir de la realidad, sino transformarla desde dentro, dándole contenido y densidad. Huía del figurar y del mantener fachadas inútiles, por ello no tuvo prisas en consolidar su instituto religioso, que deseaba fundamentado en la verdad, coherencia y autenticidad.



En todo el proceso fundacional contó con una ayuda de excepción: la de don Enrique Reig, vicario general de Mallorca con el obispo Cervera. Viudo como ella y con quien se compenetró por haber vivido situaciones dolorosas familiares parecidas. El obispo Cervera lo había hecho venir de Valencia en 1890 y su ayuda fue clave para impulsar fundaciones en otras diócesis, comenzando por la de Valencia. Don Enrique será obispo de Barcelona y también Cardenal primado como arzobispo de Toledo, manifestando siempre a madre Alberta y su congregación ayuda permanente y llena de amor.

LA SANTIDAD DE MADRE ALBERTA DESDE EL QUEHACER COTIDIANO

En el proceso de beatificación de madre Alberta llama la atención la declaración de Margarita Puig diciendo: «La vi siempre obrar sobrenaturalmente, en un plano superior, muy humana, pero siempre muy superior.

No he conocido persona tan equilibrada, tan madre, tan santa como madre Alberta». En esta afirmación hay una armonía entre dos extremos, tan humana y tan santa. Dos aspectos que en ella se complementaron.



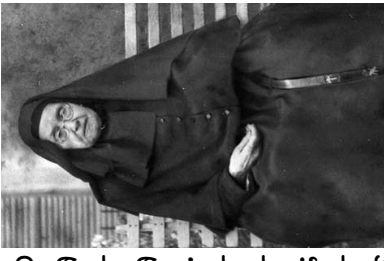
En madre Alberta captamos una gran variedad de cualidades con las que Dios la enriqueció como amigos y adversarios reconocen. En ella había un atractivo especial. Una alumna suya e insigne poetisa mallorquina, María Antonia Salvá, la recuerda como profundamente religiosa y constantemente equilibrada y por ello añadirá: «No había otra mujer como ella por sus virtudes y su modo de ser». Vemos que la armonía humana trabajada desde la fe originaban en madre Alberta un estilo nuevo de santidad: ser santa desde la calidad humana.

Cuando visitó Ciutadella de Menorca en 1886 se sabe que muchas personas de diversa condición que deseaban tratarla quedaron prendadas de su amabilidad, pero además persuadidas de que habían tratado a una santa. Cuando en 1895 los profesores de la Escuela Normal expresaron las felicitaciones por el aniversario de la madre constatan en ella: virtud, ciencia, prudencia y constancia. Seguramente habían descubierto, a través del trato, lo esencial de su modo de ser, trabajado desde el seguimiento de Jesucristo.

El 2 de agosto de 1912 fue publicado el Real Decreto de supresión de la Escuela Normal que levantó a toda Mallorca contra esta injusticia, que fue llevada con enor-

me elegancia espiritual por su fundadora. Francisca Casaña defendiendo a madre Alberta dirá: «No sólo ha cumplido con su deber, sino que se ha excedido en él».

El periódico Correo de Mallorca, haciéndose eco de la común admiración de todos por su comportamiento en la adversidad, afirmaba: «Sólo palabras de admiración pueden brotar de nuestra pluma ante la generosidad de la RYda. madre doña Alberta Giménez, a quien si la visitáis hallaréis en la suave y digna calma de una conciencia tranquila y de una religiosa de elevado gobierno». El articulista del periódico La Región, comentando el hecho vergonzoso de esta supresión, no dudaba en decir que madre Alberta «era mártir del deber», sintiendo que, como premio a «una existencia consagrada al bien y al altruismo», le fuera ahora concedida «una especie de corona de espinas». No se pueden improvisar estas interpretaciones sobre el comportamiento de madre Alberta si ella no lo transparentase con su vida.



Cuando celebró las bodas de oro de su llegada a la Pureza, en 1920, la prensa local recordará que madre Alberta era «una respetabilísima anciana de vasto talento y grandes virtudes». Es necesario testificar que madre Alberta se supo rodear en su tarea y misión de personas altamente virtuosas; así se creó a su alrededor una atmósfera de altísimo nivel sobrenatural: las madres Monserrate Juan, María Arrom e Isabel Nadal fueron colaboradoras de madre Alberta de enorme talla humana y religiosa.